



Capítulo 492: Iluminación de la espada de Ada

El viento soplaba alto, tan alto que el final estaba a la vista.

Allí estaba Ada, sentada sobre una roca irregular, encima de un lugar que parecía ilimitado. El Pico Interminable no tenía una verdadera cumbre: cada paso que daba sólo lo elevaba más alto, como si la montaña creciera con su determinación. Era un lugar hecho para perderse en el infinito y para reflexionar hasta que el silencio de la propia alma fuera más ensordecedor que el rugido de las tormentas.

Ada estaba sola. A diferencia de Katharina, que se bañaba en el poder viviente del fuego en un lago infernal de lava, el entorno de Ada no era un campo de evolución directa. No había nada que pudiera absorber de ello. No había energía para devorar, ni fuerza para robar. Sólo había vacío, viento, altura y silencio.



Y quizás eso era exactamente lo que necesitaba.

La joven respiró profundamente, con las manos apoyadas sobre las piernas cruzadas. Su cabello largo y oscuro se balanceaba en las corrientes heladas y sus ojos rojos brillaban con una inquietud que no era física —era interna, un conflicto que nunca cesó.

La pregunta siempre regresaba. ¿Seguir la espada o seguir la sangre?

Su madre, Rafaeline, había tomado su decisión hacía mucho tiempo. Uno de los demonios más temidos y respetados de su época, había abandonado el camino de la espada. Dejó atrás la espada y siguió el camino de la sangre, convirtiéndose en una maestra manipuladora de esta esencia vital. Ella creó



armas, dio forma a criaturas y destruyó ejércitos enteros con una ola de hemoglobina viva. Fue respeto. Era poder. Era tradición.

Ada, sin embargo, dudó.

Había entrenado con espadas desde joven, pero nunca había sentido una verdadera obsesión por ellas. La espada era una extensión de sí misma, sí, pero nunca lo había sido todo. Del mismo modo, la sangre no parecía algo digno de ser venerado. Ella tenía, por supuesto, un poder único —era parte de la herencia de su madre, algo que corría por sus venas, tanto literal como metafóricamente. Pero la idea de confiar únicamente en ello no le atraía.

Entonces, ¿qué quedó?

Fue esta duda la que la mantuvo sentada durante horas, meditando.

El viento azotó su rostro, frío y agudo. Ecos del pasado se arremolinaban en su mente. El recuerdo de Rafael diciendo que la espada era limitada, que la sangre era eterna. El recuerdo de las batallas que había visto. El sabor metálico de su propia fuerza, mezclado con sudor y duda.

Ada cerró los ojos.

Por su mente pasaban imágenes de antiguos guerreros, no demonios, sino humanos que vivieron hace siglos. Había estudiado sus escritos y absorbido sus filosofías. Musashi Miyamoto, el invencible duelista, que creía que la verdadera espada no era más que un reflejo de la mente. Sasaki Kojiro, el espadachín grulla, cuya espada bailaba con ligereza y mortalidad silenciosa. Otros nombres, leyendas que surgieron y desaparecieron como polvo en el viento de la Tierra.





Fue extraño. Un demonio reflexionando sobre los mortales. Pero en el fondo, tal vez eso era lo que buscaba—no repetir a su madre, no ahogarse en herencias, sino encontrar su propio camino.

"Sangre o espada..." murmuró, con voz ligera, casi tragada por el viento. "Tal vez... ninguna de las dos. Quizás... ambos."

Sus dedos tocaron el suelo. La montaña parecía respirar bajo sus manos. Con cada respiración, Ada sentía que el infinito le respondía.

Y luego, lentamente, abrió los ojos.

No había ninguna espada en sus manos. Sólo había recogido una ramita en el camino, un trozo seco y quebradizo, incapaz de herir ni siquiera la piel de un insecto. Ada lo sostuvo entre sus dedos como si fuera una katana.



Ella respiró profundamente.

El silencio a su alrededor pareció expandirse. El viento murió. Las nubes dejaron de girar. Por un momento, Never-Ending Peak pareció contener la respiración, como si esperara lo que estaba por venir.

Ada estaba de pie, con su postura firme, su cuerpo recto y sus pies firmemente contra la roca. La ramita, ligera como la nada, se volvió pesada como un universo en sus manos.

Ella no pensó en Rafaeline. Ella no pensó en Musashi ni en Kojiro. Ella no pensó en la sangre ni en la espada.

Ella sólo pensaba en sí misma.



Y luego, ella se mudó.

El golpe fue sencillo. No hubo florecimiento ni exceso. Sólo un corte limpio y natural, tan fluido como respirar.

Y el mundo respondió.

El pico tembló.

En la montaña apareció una línea recta, una línea de pura claridad que se extendía por kilómetros. La roca, el hielo, la nieve, el aire mismo—todo estaba dividido en dos. El estruendo llegó después, como un trueno tardío, mientras la montaña gemía de dolor.

La grieta creció. El suelo tembló. Y ante sus ojos, la montaña se partió en dos. Un lado se deslizó lentamente, arrastrando nieve y piedras en una avalancha colosal. El otro lado permaneció firme, orgulloso, pero marcado para siempre por la cicatriz que había creado.

Ada se quedó quieta, con la ramita todavía en la mano. No había orgullo en su rostro, no había sorpresa. Sólo calma.

"Así que eso es todo..." murmuró.

No importaba si era sangre o espada. Ese golpe no pertenecía a ningún camino. No vino de Rafaelina ni de los antiguos maestros humanos. Vino de ella.





El viento volvió a soplar, más fuerte que antes, arrastrando fragmentos de hielo y polvo de la avalancha que resonaba debajo. Pero Ada no se movió. Ella se mantuvo firme, mirando el horizonte.

En el fondo, comprendió que ésta no era la respuesta final. Fue sólo el comienzo. Cortar una montaña con una ramita era una demostración de potencial, pero el verdadero desafío sería entender cómo seguir adelante, cómo convertirla en identidad.

Y tal vez eso era lo que el Pico Interminable quería de ella.

No hay respuestas ya preparadas. Pero el coraje de crear el suyo propio.

Ada soltó la ramita. Cayó y se hizo añicos, inútil una vez más.

Pero el corte en la montaña se mantendría.

Una cicatriz eterna, testimonio silencioso de que Ada...

Ada se quedó allí, inmóvil, mirando la inmensa cicatriz que atravesaba la montaña.

Pero algo dentro de ella también se había dividido —lo que había sido duda, vacilación, conflicto, se había dividido en dos mitades.

Lo que quedaba ahora era claridad.

Ella respiró profundamente. El aire frío le quemó los pulmones, pero no importó.





Su mente se sentía ligera.

Y entonces se dio cuenta.

"Yo..." ella murmuró, las palabras salieron solas. "...experimentó una iluminación."

Eso fue todo. Lo que había buscado en meditaciones interminables, en la lectura de maestros antiguos, en la reflexión sobre la sangre y la espada. No se trataba de elegir entre los dos, sino de aceptar ambos.

No como fuerzas opuestas, sino como herramientas del mismo espíritu.

La espada, la sangre, la voluntad.

Todos unidos. Todo es parte de Ada.

Sus ojos rojos brillaban intensamente y ya no llevaban sólo el reflejo heredado de su madre. Había algo nuevo, algo que palpitaba con su propia identidad.

Ada levantó la mano derecha, abrió la palma y cerró lentamente los dedos.

El aire temblaba a su alrededor, como distorsionado por un calor invisible. Las venas de su brazo palpitaron y luego comenzó a salir sangre, sin ninguna herida aparente.

Fue extraño. No fue doloroso, no fue una debilidad.



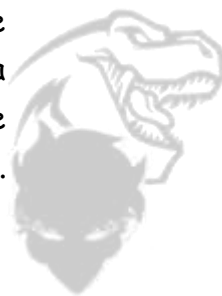
Era natural.

La sangre salía en un hilo carmesí y, en lugar de caer, flotaba ante ella, arremolinándose, moldeándose. Primero, era solo una línea. Luego, una línea más gruesa. El sonido húmedo se convirtió en un chasquido metálico. El color líquido cristalizó.

Y cuando cerró el puño, la espada estaba allí.

Una espada de sangre.

Larga, delgada, ligeramente curvada como una katana, pero con la textura de un cristal rojo pulsante, como si cada fibra de la hoja estuviera viva. La energía que emanaba de él era extraña, una fusión entre la calma del corte de una espada y la violencia latente de la sangre que anhelaba ser derramada.



Ada miró fijamente el arma y la levantó ante sus ojos.

Por un momento no dijo nada. Ella simplemente miró fijamente.

La espada parecía respirar con ella.

La sangre goteaba por su superficie, pero no goteaba— fluía de regreso, como un ciclo eterno.

La empuñadura se había moldeado perfectamente en su mano, como si hubiera sido hecha para ella.



JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

"Entonces..." murmuró, una pequeña sonrisa apareció en su rostro. "...Me he vuelto más fuerte."

